

Vida en un cuadro

## La escafandra y la mariposa

Una historia real deviene libro y después colección de imágenes en una propuesta cinematográfica donde el cineasta Julian Schnabel no teme rebasar el texto original apelando a su creatividad y a su compromiso estético. **TEXTO: RAFAEL LEMUS**

En un principio, el azoro: algunas luces, dos o tres objetos informes, una imagen que no termina de fijarse. Segundos más tarde, una sospecha: lo que vemos, lo que empezamos a ver turbiamente, como si volviéramos de un largo sueño, es la habitación de un hospital. Vemos a una enfermera. Vemos a un puñado de doctores. Vemos a un puñado de doctores acercarse a la cámara y preguntar —¿preguntamos?— cómo se siente uno. Entonces comprendemos: quien mira la habitación no es sólo el espectador sino también el protagonista, un paciente que acaba de salir, aturcido, de un estado de coma. No cualquier paciente: uno —lo descubrimos ahora, al mismo tiempo que él y los médicos— que ha perdido súbitamente la capacidad de hablar y desplazarse. Aunque dotado de una actividad mental regular, el hombre no puede mover otra cosa que los ojos y los párpados. Peor: cuando uno de los doctores advierte que la película lagrimal derecha está seca, decide clausurar el ojo, coser el párpado, para evitar escoriaciones. Vemos cómo se le cose el párpado. Vemos, *desde dentro*, cómo se le clausura el ojo, puntada a puntada, extinguiéndose gradual, irreparablemente la luz.

Lo que empieza de esta manera es, cosa curiosa, una de las películas más bellas y estimulantes del último cine. No una cinta sentimental y tremendista sobre enfermos y hospitales; no un elogio más, naturalmente edificante, de la voluntad humana. Algo mejor: un poema brutal, mitad inspirador mitad avasallante, sobre un hombre sitiado por su propio cuerpo. La historia, como se acostumbra en estos casos, es verídica: en 1995 Jean-Dominique Bauby (1952-1997), editor de la revista *Elle* en Francia, sufre un ataque apopléjico. Cuando despierta, días más tarde, se descubre en un hospital, absolutamente mermado: no puede hablar, no puede moverse. Atado a una cama, o a una silla de ruedas, contempla impávidamente el mundo: escucha pero no puede responder; piensa ágilmente pero su cuerpo es un lastre. Los doctores dictaminan: sufre un extraño síndrome llamado *locked-in*. Advierten: sólo tiene control sobre su ojo izquierdo. Raramente eso no es poca cosa: con ese ojo Jean-Dominique se mantiene vinculado al mundo y se comunica con la gente que lo visita. Un parpadeo: sí. Dos parpadeos: no. Incluso, y gracias a un sistema inventado por su terapeuta, Jean-Dominique consigue dictar de esa manera —con un solo ojo, parpadeo tras parpadeo— todo un libro, publicado unos días antes de su muerte. No cualquier libro: un recuento —notablemente escrito, se dice— de su vida y enfermedad. El título: *Le Scaphandre et le Papillon*. La escafandra: su cuerpo, un peso que lo condena a la parálisis. La mariposa: su espíritu, provisto del don del vuelo.

1. Julian Schnabel
2. *La escafandra y la mariposa*



FOTO: CORBIS

*La escafandra y la mariposa* (*The Diving Bell and the Butterfly*, 2007) es, también, una película de Julian Schnabel. Si este nombre dice poco a los cinéfilos, es una referencia común en el arte contemporáneo. Schnabel fue, en los años ochenta, el *enfant terrible* de la pintura; es, hoy, un artista plástico con escaso reconocimiento crítico (ninguna de sus obras ha sido adquirida, digamos, por el MoMA). Su encanto, ya diluido, residió en su vigor y confianza: en una época conceptual y formalista, Schnabel deseaba expresar y confiaba plenamente, para ello, en la pintura. Son notables sus aproximaciones al expresionismo abstracto. Es admirable la fuerza, el arrojo, de sus mejores obras, muy distintas unas entre otras y capaces de incluir en un mismo lienzo distintas técnicas y estilos y objetos. Con una vitalidad semejante, Schnabel debutó en el cine hace poco más de una década. No, como tantos otros artistas, en el videoarte: en el cine. Porque Schnabel confía en el cine. Su primera película: *Basquiat* (1996), un efectivo retrato del artista Jean-Michel Basquiat. La segunda: *Antes que anochezca* (*Before Night Falls*, 2000), sobre las extraordinarias memorias de Reinaldo Arenas. Ahora, *La escafandra y la mariposa*. Si uno ve esta cinta, entiende el comentario de un artista a la salida del cine: "Al parecer es más fácil hacer una gran película que una gran pintura."

¿Por qué es grande *La escafandra y la mariposa*? Porque el guión de Ronald Harwood escapa, con inteligencia, al melodrama habitual de estas películas. Porque la mayoría de las escenas —Jean-Dominique (Mathieu Amalric) rasurando a su padre (Max von Sydow), por ejemplo— está tocada por la gracia. Porque es una película de Julian Schnabel. Sobre todo eso: aunque sostenida en el libro de Bauby, *La escafandra y la mariposa* es obra de un cineasta y, más, de un artista. En vez de ilustrar con humildad el libreto, Schnabel no teme inventar y arriesgar y rebasar el texto original. En lugar de atarse al quieto punto de vista del protagonista, es puro movimiento. Como lo ha señalado A.O. Scott en *The New York Times*, cada cuadro de la cinta es un ejemplo de libertad creativa: distintas texturas, ritmos dispares, imágenes inesperadas... Todo eso, sí, pero también lo contrario: un compromiso estricto con el orbe silencioso y confinado de Jean-Dominique Bauby.

FOTO: GETTY IMAGES

21 de abril  
de 1914  
Heroica Defensa  
del Puerto de  
Veracruz



GOBIERNO  
FEDERAL

SEMAR



Hace 94 años los Cadetes defendieron la integridad del territorio nacional. Hoy la Armada de México vela por la seguridad de nuestros mares para el bienestar y prosperidad de la nación.

Para que todos  
vivamos mejor

www.semar.gob.mx